

colección rúbrica



REMEDIOS PEÑA



EL SOLDADITO ROJO

esstudio  
ediciones

## *El soldadito rojo*

No sé ni cómo comenzó, quizá ese sea el pecado que cometí, no estar pendiente de lo que sucedía a mi alrededor y escudarme en la ignorancia. Pequeños actos cotidianos que me pasaron inadvertidos, faltas de respeto de las que, ahora, soy consciente. Antes vivía en el limbo o tenía miedo a la realidad y me creía cada una de las mentidas disfrazadas.

Callé y lo dejé pasar.

Diariamente pienso en esos años malgastados, años de silencio, donde no estaban los niños y no había excusas, podía romper con él y empezar de nuevo, ni amigos ni familiares me hubiesen juzgado. Me pregunto, cómo pude soportar o aguantar tanto tiempo, la respuesta la tengo delante, porque podía marcharme de casa. Qué incomprendible resulta, pero así era.

Salía camino del trabajo y dejaba de ser yo, la esposa, para convertirme en la mujer que tiene un trabajo con cierta responsabilidad, sé que solo era una vendedora de un gran almacén, pero allí me sentía libre, yo misma.

Entraba en el vestuario y me despojaba de esa ropa gris para ponerme un uniforme azul que me permitía ser la chica risueña de siempre, alegre y dicharachera, una persona diferente. ¿Quién era yo, esta o aquella?

No hay un rastro tangible de nada de lo que cuento, todo tan sutil como el beso somnoliento de mis hijos al despertar cada mañana.

Los testigos mudos de las primeras veladas marcadas por el cambio desaparecieron con el paso de los meses, alguno de ellos en un intento vago de entender y quitar incomodidad a la situación dijo que nuestra apasionada relación le daba envidia. No voy a juzgarles a ellos, porque no lo hice conmigo en aquel momento, soy la única culpable y por mucho que duela reconocerlo, yo ayudé al cambio.

Nunca aprendí a defenderme, me quedaba paralizada, negando o restando importancia a la violencia de sus ataques, siempre enmascarados en mi torpeza. No acumulé una sola prueba que hoy sirva para mi defensa. Miraba hacia otro lado o enmudecía para no discutir y empeorar la situación.

Cuando miro las fotografías que no se perdieron entre el bati-burrillo de cajas que empaqueté tras el divorcio, esas fotografías que son retrato fiel de nuestro noviazgo y que mi hija guarda entre sus cosas, veo la agresividad de mi exmarido en los gestos. Algo que se aprende con los años y la experiencia, las señales que advierten del peligro. Pero esto lo da la experiencia.

Su proximidad invasiva. Lo primero que se violenta es la intimidad, lo más íntimo, el espacio vital. Me convertí en una propiedad, una más de tantas cosas con las que presumir, como aquel coche que lucía por el campus o el *Rolex* que mostraba con una falsa indiferencia. ¿Qué vio en mí? ¿Por qué lo mismo que le acercó fue lo que luego aniquiló?

En aquel momento no tenía tiempo de pensar, con veinte años la vida corre deprisa, o quizá era yo que no tomaba conciencia de lo que estaba sucediendo, porque estaba hipnotizada por aquel coche y el *Rolex* o por las atenciones que recibía.

Un mes antes de nuestra boda me sentía confusa y con una incertidumbre extraña. Mi madre decía que eran los nervios normales de toda novia, pero lo que no supe definir entonces, sé cómo se llama ahora, miedo.

Me sentía ahogada, pendiente de él y sus necesidades, pero a la vez, le veía distanciado, como si mi presencia le invadiera de alguna forma, aunque luego me mantenía dentro de unos límites bien acotados. Qué difícil de explicar. Yo pensaba que casarse era sencillo, rodeado de cierta dicha y alegría, pero no fue así.

Hubo algún episodio..., aunque no estoy segura si lo imagino o fue tal y como sucedió, pero existieron ataques soterrados y denigrantes, lo veo en la postura dominante de las fotografías, donde su brazo rodea mi cuello como una llave de judo. Miro la fotografía y pienso, cómo nadie vio la agresividad del gesto, yo podía estar cegada de amor, pero ¿el resto? Yo no recuerdo tal agresividad en aquel momento, confundí sus gestos con amor y protección quizá porque iban acompañados de palabras hermosas, un «te quiero» de vez en cuando y repetidas llamadas durante el día para saber qué tal estaba y qué hacía.

Mi hermano dice que fui tolerante, yo no lo creo. Era joven e idealista, adapté el amor a ese joven apuesto, que sobresalía en clase por su inteligencia, le modelé para que encajara en mi propia historia romántica. Y a pesar de los desplantes, los malos gestos y las salidas de tono que vi las semanas anteriores a la boda, suavicé aquello con la resolución que me dio mi madre, los nervios anteriores al gran cambio. ¿Por qué los hombres no iban a sufrir de lo mismo? Además, después de aquellas tormentas, él venía a mí, zalamero y tierno, deseoso de tenerme entre sus brazos y poseerme precipitadamente.

*Ella es así, feliz de cualquier modo*, me gusta la voz de Manzanita cantando estos versos, pero puedo asegurar que no se puede vivir de cualquier modo, y mucho menos, ser feliz.



# Capítulo 1

*Desde hace ya más de tres años  
recibe cartas de un extraño.  
Cartas llenas de poesía  
que le han devuelto la alegría.  
¿Quién la escribía versos?, dime, ¿quién era?  
¿Quién la mandaba flores por primavera?  
¿Quién cada nueve de noviembre?, como siempre, sin tarjeta,  
la mandaba un ramito de violetas...*

Atocha apaga la radio del coche y mira a su alrededor con la misma melancolía que arrastra desde hace doce meses, cuatro semanas, tres días, seis horas y quizá veinte segundos. La canción de Cecilia se mete por los oídos y llega hasta el centro de su cuerpo donde debía estar su alma, pero la perdió hace doce meses, cuatro semanas, cinco días, seis horas y quizá veintiún segundos. No la vendió, lo hubiese hecho, para devolverle la vida a su marido, simplemente la ultrajó y perdió. Duda que el ser humano tenga alma, si fuese cierto y poseyeran algo parecido, algo divino que les acercase a Dios, todo poderoso y piadoso, de dónde salía tanta maldad.

Tararea inconsciente la canción. Hay en aquella voz limpia y clara una protesta armónica, un mensaje dulce y a la vez amargo.

*Ella es así, feliz de cualquier modo...*

¿Se puede ser feliz de cualquier modo?, se pregunta mientras mira, sin ver, por el espejo retrovisor. Tararea con la mente perdida en ramitos de violeta, en recuerdos felices que con el tiempo se vuelven amargos, un pasado cada vez más lejano e inalcanzable, pero no menos doloroso. No le hace bien escuchar esa música, pero ahí está torturándose un día más.

Se sube la cremallera del anorak, hace dos amagos de salir del coche que quedan reducidos por un suspiro, casi alarido. El frío se cuele por cada rendija del *Citroën C4 Picasso* blanco, aunque parezca gris por la suciedad que calza. Tiene helados los pies, a pesar de los calcetines térmicos y las botas con borrego. Cada vez lleva peor el invierno, el viento, la lluvia, la nieve y la niebla, no dice nada del granizo, más de las mismas sensaciones, frío igual a vacío. Quizá deba pedir destino a una isla, romper cualquier lazo que le ate a él, a su marido, como si fuese el culpable de la situación, es otra víctima más que Atocha ha dejado por el camino.

Su madre se ríe de ella, cuando la ve enfundada en capas y capas de camisetas y jerséis, pareces una cebolla, le dice, pero cómo se deshace uno del frío que da la ausencia de vida, de la culpabilidad.

Un policía nacional se acerca y golpea con los nudillos la ventanilla, demasiada fuerza, piensa Atocha mientras le dedica una mirada de reproche, quizá también esté afectado por aquella ola de frío que viene del Ártico o simplemente molesto porque se ha quedado dirigiendo el tráfico y no controlando la escena del crimen. A veces escucha a los agentes en la cafetería, son minutos de gloria, yo vi el cuerpo cuando lo sacaban del agua, hinchado y amoratado, impresionante, eso les hubiese dicho entre cerveza y cerveza, pero ha quedado relegado a guardia de carretera.

Baja la ventanilla lo justo cuando insiste con los nudillos. No puede aparcar aquí, balbucea el agente con los labios morados y apretados

sin mirarla y señalando la carretera por donde ha llegado. Ella sostiene la placa delante de sus ojos, pero él continúa durante unos segundos con la mirada fija en el ir y venir de los técnicos de la Científica que descargan sus enormes cajas de herramientas del maletero de una furgoneta negra. Soy la inspectora Atocha Castillo del grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Madrid, llama la atención tras carraspear varias veces de forma infructuosa, se está quedando helada, los dedos entumecidos de sostener la placa, la nariz empieza a moquear y los ojos llorosos de soportar el viento helado que penetra por aquella pequeña rendija.

El agente se agacha con desgana para cerciorarse de que la placa es auténtica, ya se la colaron unos periodistas, seis meses antes, y le costó una llamada de atención y que hoy dirija el tráfico. Aquella mujer menuda, delgada, vestida para atravesar el Polo Norte, no parece inspectora de homicidios, muy joven y poco experimentada, pero quién es él para cuestionar nada. Perdona, saluda con desgana y se aleja para controlar una furgoneta de *Antena 3* que aparca a unos metros de ella.

Aspira con fuerza, se coloca la braga de lana cubriendo el cuello y se apea sin dejar de mirar a su alrededor. Conoce el lugar.

Mira la hora, llega cuarenta minutos tarde. El primer vistazo a la escena del crimen lo tendrá que ver en la pantalla del ordenador y no es lo mismo, ni por asomo, pero su cita de primera hora, ineludible según el alto mando, la ha impedido hacer bien su trabajo. Crece dentro de ella un malestar, que se convertirá en frustración y luego en una irritación difícil de controlar. Respira. Los asesinos no tienen consideración por las agendas de otros, piensa mientras se aleja del coche.

El subinspector Manuel Gordillo habrá grabado cada uno de los pasos realizados, lo piensa para calmar el malestar que siente, es concienzudo en su trabajo, añade, el resto de él no quiere evaluarlo, porque le desespera y ahora no se permite entrar en ese terreno. Ella



se fija en otros detalles, se complementan, pero hoy tendrá que conformarse con su visión. Es lo que tiene no poder estar en dos sitios a la vez, se dice mientras observa a un muchacho forcejear con la última caja de la furgoneta negra.

Cruza la carretera y saluda al policía que detiene el tráfico. El muchacho desgarbado cargado con cámaras y la caja de plástico blanco con ruedas negras diminutas la adelanta resoplando con fuerza, las volutas del vaho se elevan sobre su cabeza. Sonríe al pasar junto a ella. Atocha camina siguiendo la estela del muchacho que sube monte arriba no con poca dificultad ante el terreno irregular y las ruedas ridículas de la caja.

Hay dos focos donde bulle la actividad, ¿a cuál va primero? Saca su móvil y mira la ubicación que Manuel le envió con un breve mensaje. «*Un cadáver en una poza del río Manzanares. Te espero allí*».

Hacia la derecha está el río, pero ella debe tomar el camino de la izquierda y subir, dirección contraria al muchacho. Arquea una ceja. Antes de emprender la marcha, ve la última voluta del muchacho desaparecer por entre los arbustos salvajes de la derecha, se encoge de hombros y sube donde le indica el GPS.

Hace muchos años que no pisa El Pardo, décadas. La última vez que comió en el restaurante *El Gamo*, pocos meses antes de morir su padre, cuántos años tenía, diecisiete, sí, así era. No muy lejos de ahí, pasaba con su familia muchas tardes de verano en lo que se conocía como la playa de Madrid. Recuerda el agua helada y aquella roca que hacía de trampolín, los gritos de su madre avisándola del riesgo que suponían las pozas y los cortes de digestión.

Ahora, el terreno que baja al río es escarpado e impracticable, su hermano le comentó, en algún momento, que los vecinos habían dejado de cuidar aquella zona, supuso que cansados de tantos visi-

tantes desconsiderados con el entorno. Los jarales de jara pringosa invaden caminos y sendas, forman una estampa descuidada junto con los arbustos de romero y tomillo blanco. Dieciséis mil hectáreas de parque natural. La mayor parte de su extensión cerrada al público, pero a pesar de todo, alguien se ha colado para dejar un cadáver.

Las encinas retorcidas parecen sucumbir al viento gélido de aquella mañana. A lo lejos ve algún pino y sabe que más allá hay alcornoques, coscojas y quejigos.

El viento frío y húmedo le golpea la cara y regresa al presente con cierta desgana. Se sube la braga hasta el puente de la nariz y saluda al agente que la observa con curiosidad. Vuelve a mostrar la placa y pasa por debajo de la cinta policial que levanta con dedos entumecidos y torpes, y emprende el ascenso de una colina suave.

Hay policías de la Científica vestidos con sus monos blancos repartidos en grupos por la zona. Algunos acuclillados revisan cada centímetro del terreno, recogen papeles y objetos varios que luego embolsan y etiquetan. Siempre el mismo procedimiento, no siempre con el mismo resultado. Aquellos hombres y mujeres están acostumbrados a ese registro exhaustivo y concienzudo, saben que todo es una prueba hasta que se descarta.

Se detiene un segundo y pasea la mirada a su alrededor, situándose en el terreno, sin dejar de observar un punto, no muy lejano, donde se desarrolla más actividad, allí debió aparecer el cadáver, se dice.

Salva los últimos metros que la separan de su destino. Abierto en aquella tierra arenosa y detrítica se encuentra el agujero del que ha salido la víctima, lo sabe por la expectación que levanta el improvisado nicho, ahí está Manuel observando con interés. La crueldad del ser humano ya no le sorprende, la criminalidad es uno de los rasgos de su identidad, y que ella, dé por conforme esa afirmación, la asusta.

La imagen etérea de una mujer, alta y delgada, con la piel pálida y un camisón hasta los pies, sale tambaleante de la tierra, pasa por

delante de Atocha y baja por el sendero, pero en lugar de continuar recto, camino de la carretera, se desvía a la izquierda, atraviesa el grupo más activo de aquel paraje castigado por el viento y una llovizna, fina e intermitente, y desaparece de su vista. Regresa la música a su cabeza y la letra a su boca:

*A veces sueña, a veces se imagina  
cómo será aquel que a ella tanto la estima.  
¿Será más bien hombre de pelo cano?  
Sonrisa abierta y de ternura en sus manos.  
¿Quién será quien sufre en silencio?  
¿Quién puede ser su amor secreto?  
Ella que no sabe nada  
mira a su marido y luego se calla...*

—Jefa, ya ha llegado. ¿Todo bien?

Atocha es una mujer hermosa, pero del uno al diez, Manuel no la consideraría espectacular. La mirada inteligente, con la autoestima baja, pero esto no fue siempre así, hasta hace un año, antes de la muerte de su marido, estaba segura de sí misma y era autosuficiente, ahora parece frágil y delicada.

—Sí, Manuel, todo en orden —hace una pausa y mira a su alrededor—. Más de lo mismo..., ¿violencia de género? —sin dejar de mirar el punto donde ha desaparecido el ente—. ¿Por qué se desvió? Lo más lógico era seguir recto hasta la carretera, en lugar de eso atraviesa arbustos y zarzas.

—Estaba más muerta que viva. La apuñalaron en el aparcamiento y se desangró aquí dentro. ¿Cómo se pudo levantar y caminar esos metros? Nos lo dirá el forense, pero con la sangre que hay ahí, es un milagro —hace una pausa que Atocha aprovecha para comprobar el charco de sangre—. Nuestros perros encontraron el

rastros, huellas de arrastre de la víctima, desde el aparcamiento, hasta aquí —Atocha mira hacia el grueso de la Científica en la parte baja—. El cuerpo fue encontrado por Rafaela Pariente y su perro *Fosco* flotando boca abajo en la poza. Aunque *Fosco* estuvo aquí dando vueltas, por las huellas que dejó alrededor.

—¿Cómo la mataron?

—La apuñalaron varias veces, eso ha confirmado el forense en su vista preliminar. Las puñaladas por la espalda indican que huía cuando fue alcanzada —hace una pausa y se gira hacia el nicho—. No tomó muchas precauciones, el agujero no es profundo..., o fue sorprendido por alguien o iba a volver más tarde con herramientas para terminar el trabajo. No estaba previsto, una pelea que se acaloró y se fue de madre, la mató y se asustó.

Atocha mira hacia la poza. Se imagina el trabajo de la Científica de hace una hora, la ha visto tantas veces, con sus monos blancos sacan con infinito cuidado el cuerpo del agua. Ese olor inconfundible a muerte que penetra por los poros alcanza su nariz, aunque sabe que allí junto al nicho no huele más que a tierra mojada.

—La apuñala, la entierra dándola por muerta, ella recobra el conocimiento, sale de ese nicho improvisado y encuentra la muerte en una poza unos metros más abajo —dice Atocha con infinita pena.

Desde aquella distancia ve las ramas rotas de los arbustos, no puede asegurar si fue la víctima o cualquiera de los miembros de homicidios o los perros, que descansan bajo un pino observando cómo sus responsables cogen piñones del suelo.

—Me encantan los piñones —dice distraída.

—A mí no, muchas calorías y esos estarán secos.

—Ya.

Atocha observa al subinspector Manuel Gordillo, hoy más ojeroso de lo que acostumbra, es un hombre alto y fornido, con muchas horas de gimnasio a sus espaldas sin resultado, dice que es de hueso

ancho y duro como su madre, y parte de razón no le falta, pero también es de buen comer y demasiado goloso.

—Lo bueno de esto —dice Manuel señalando con la cabeza el nicho excavado en la tierra— es que nuestro asesino es un chapucero.

—Sí, pero tuvo mucha suerte, si no se hubiese levantado, tendríamos alguna prueba, pero caminó hasta una poza para caer dentro, el agua habrá borrado todo indicio, el destino terminó la faena. Esperemos, por nuestro bien, que la suerte se le vuelva en contra —Atocha se muerde el labio—. También..., pudiese ser que estuviese confiado, nada le llevará a él, por eso no se esmera, no tiene necesidad.